

“PARLO A L'UOMO NELLA SUA HUMANITÀ”

POR

FRANCISCO CANALS VIDAL (*)

¡Hablo al hombre en su humanidad! Con estas palabras, dichas en tono enérgico y gesto decisivo, inicio el papa Juan Pablo II una de sus primeras homilias hablando a la multitud de fieles reunidos en la plaza de San Pedro y a los millones de hombres que le veíamos y oíamos por televisión. Las he recordado siempre y tampoco he olvidado la sorpresa que, ya en aquel momento, me produjeron. Recordadas ahora, dejan entrever el estilo y la actitud que serían ya constantes en toda su tarea apostólica de Vicario de Cristo, que había de ejercer durante veintiséis años.

El Evangelio es el mensaje de la salvación que viene de Dios misericordioso para el hombre. Este mensaje anuncia que Dios, “rico en misericordia”, ha enviado a su Hijo como “Redentor del hombre”, y por él nos ha enviado el don de su Espíritu, “Señor y Vivificador”. Para que los hombres abriesen sin miedo las puertas a Cristo sintió su vocación de apóstol centrada en la urgencia de anunciar que lo que Dios nos ha enviado por su Hijo encarnado, hecho hombre por nosotros los hombres y para nuestra salvación, trae a los hombres su liberación del mal y del pecado, el Camino único por el que se da al hombre su felicidad, el bien de ser hecho hijo de Dios y con él toda plenitud humana. Lo que

(*) Tomamos de la revista hermana *Cristiandad*, de Barcelona, núm. 885, este artículo de nuestro ilustre colaborador el profesor Canals, escrito con motivo de la muerte de S.S. el papa Juan Pablo II (N. de la R.).

el Evangelio anuncia como venido de Dios nos lo anuncia a los hombres, y nos anuncia que es para nosotros.

A las tres grandes encíclicas sobre la Trinidad divina en su dispensación salvífica siguieron la encíclica sobre la Madre del Redentor y la exhortación apostólica sobre el Custodio del Redentor. Viene a la memoria el lenguaje tan frecuente en siglos anteriores que a la Trinidad eterna añadía la Trinidad terrena: José, imagen y partícipe del Padre, a quien León XIII llamó "Padre de Cristo"; Jesucristo, el Hijo de Dios; y la Virgen María, Inmaculada, la Madre del Hijo de Dios encarnado.

Del documento sobre San José, señalemos dos puntos: se inicia con la afirmación de que si la Iglesia volviese de nuevo a contemplar al Patriarca esposo de María superaría siempre el peligro de perder la conciencia de su identidad, ya que la identidad de la Iglesia se descubre a la luz de la Encarnación redentora. El documento no termina con la clásica bendición pontificia, sino con la plegaria dirigida a San José, suplicándole que bendiga a la Iglesia "en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

Si a algún creyente "con celo de Dios pero no según ciencia", como los que San Pablo denunciaba, le parece de un humanismo antropocéntrico el estilo de Juan Pablo II en el anuncio del mensaje de Dios para los hombres por Cristo, le será fructuoso leer a San Agustín, que trata (en la *Ciudad de Dios*, XI, 2), de Cristo como Mediador entre Dios y los hombres:

"Para que el hombre tuviera en el Hombre Dios el camino hacia el Dios del hombre. Este es el Mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús. Es Mediador en cuanto Hombre, y por esto mismo es también Camino. Porque si entre aquel que tiende y aquel a quien tiende media un Camino hay esperanza de llegar... Este es el Camino defendido plenamente contra todo error: que él mismo sea Dios y Hombre: adonde se va es a Dios, por dónde se va es el Hombre".

En la Escritura se invoca a Dios como "Dios de Israel, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob", y se da al Hijo de Dios encarnado el título de "el Hijo del Hombre". San Agustín puede llamar a Dios "el Dios del hombre". Y el apóstol Pablo (*Ad Titum* 3, 4) afirma que, en la obra redentora, "se muestra la benigni-

dad y el Amor a los hombres —*filantropía*— de Dios, nuestro Salvador".

Juan Pablo II ha sentido y ha cumplido la vocación de ser apóstol de esta "filantropía" del Dios del hombre. Si en estos días experimentamos (en elogios entreverados e inmersos en censuras, a veces de orientación blasfema) la compleja reacción de algunos de nuestros contemporáneos, también resplandece y se muestra universalmente este apostolado que revela la misericordia de Dios para la humanidad.

La humanidad contemporánea fue tentada de dar la espalda a Dios por ingratitud al don divino, por rechazo soberbio del divino Amor a los hombres realizado en la Encarnación y la Muerte redentora por la que el Mediador nos ha merecido el ser hechos hijos de Dios y ser uno con él en su Cuerpo, que es la Iglesia. Pero en el impacto mundial sin precedentes, y humanamente inexplicable, que ha seguido a la muerte de Juan Pablo II brilla la fructificación de su carisma pontificio. También brilla, "como la luz en las tinieblas", la incoherencia de todo aquello que, en la compleja reacción mediática, muestra insinuaciones o abiertas acusaciones que quieren mostrar como inconsecuente con el amor a la humanidad la proclamación de la ley divina con toda la exigencia de los bienes humanos que en ella se contiene. Por esto oímos insistentemente el tópico de que es contradictorio un papa valiente, anunciador de la dignidad del hombre, de sus derechos y de sus anhelos de plenitud y felicidad humana, que proclame con insistencia la vigencia perenne de la doctrina católica.

A quienes no se sitúan en la perspectiva evangélica (desde la que sentirían la ley y la gracia como conducentes a la recepción de todos los "bienes humanos" a que nos ordenan la economía divina en la creación de nuestra naturaleza y su divinización por la misión de Cristo y el Don del Espíritu) les parece opuesto al bien humano lo dispuesto por la economía divina en su designio amoroso hacia los hombres. Por esto pueden propugnar, con desorientación aberrante, como algo positivo y humanizante la monstruosa deformación del matrimonio, gozosa comunidad de vida y de fecundidad, por la contracepción y por el aborto, el

definitivo atropello de la vida humana por la eutanasia o la deshumanización de la sociedad humana por el olvido y la negación de Dios en la vida de familia, en la educación, en la cultura y en todas las actividades humanas.

Todo el pontificado de Juan Pablo II habla en nombre de Dios al hombre "para que no tema al mundo", aquel mundo de que hablaba Cristo: "En el mundo tendréis tribulación, pero tened confianza, yo he vencido al mundo". "¡No tengáis miedo!": venido para el Reino de Dios, Cristo no se encarnó para condenar, sino para salvar al mundo. "¡Abrid las puertas a Cristo!": Juan Pablo II ha querido hacer sentir a los cristianos y a todos los hombres el divino llamamiento de quien vino para que tengamos vida abundante.

La vocación universal a la santidad, a la que se ordenan y sirven los carismas y los ministerios, y las más singularmente eminentes operaciones, mensaje central del Concilio Vaticano II, Juan Pablo II ha querido hacerla brillar en los santos, y en él hemos tenido un papa que, en veintiséis años, ha decretado beatificaciones y canonizaciones en mayor número que en toda la historia anterior de la Iglesia. ¿No tendríamos que ver en este hecho una "señal" misteriosa y esperanzadora de la "nueva evangelización", a que tantas veces nos ha convocado, y para la que ha querido que nos dispusiera la contemplación de la santidad viviente en la historia humana?

El anuncio de la misericordia divina hacia los hombres resplandece en las aludidas canonizaciones y beatificaciones: San Claudio la Colombière, sobre cuya tumba depositó el Papa su carta dirigida a la Compañía de Jesús recordando el "encargo suavísimo" de ser apóstoles de la devoción al Sagrado Corazón; Santa Faustina Kowalska, cuya acción profética fue asumida por Juan Pablo II en la fiesta de la Divina Misericordia; las beatificaciones de Pío IX y de Juan XXIII; la proclamación del doctorado de la Iglesia de Santa Teresa del Niño Jesús.